



MAPOCHO

BIBLIOTECA NACIONAL

Nº 27 1979 SANTIAGO CHILE

Fundador: Guillermo Feliú Cruz

Director: Enrique Campos Menéndez

Juan Luis Espejo

Miembro de la Academia Chilena de la Historia.
Premio Nacional de Historia.

La Frieга

Cuando me ofrecieron el cargo de agrónomo de la "Sociedad Arro-cera Miraflores", con espléndido sueldo y residencia cómoda y gratuita en el campo, dudé mucho en aceptar y todo por una razón al parecer muy pequeña, tanto como ellos: los mosquitos.

El agrónomo japonés, a quien debía yo de reemplazar, dióme un remedio, el más simple para combatirlos, remedio al que nunca, no obstante los anuncios de los periódicos, se me ocurriera hasta entonces recurrir: el "Curatodum", a la mano en cualquier farmacia.

Sin duda, desde la niñez tuve una aversión incontenible contra el mosquito que, por su parte, sentía una marcada predilección por mí y esto no sé si porque a la vista su fuselaje y al oído su zumbiar, me traen a la memoria los aviones de guerra con sus vuelos en picada y sus fugas en ángulo; ni si por la astucia burlona que tiene para esconderse en los rincones inalcanzables del techo y de la pared, libre de la toalla y del almohadón; pero sí sé y muy ciertamente que por miedo al pinchazo en las falanges o yemas de los dedos, en la boca o en los párpados, que déjanme por horas insomne y me hacen amanecer con un ojo a medio abrir y un tolondrón en el labio que, para no dar motivo a burlas, me obligan a quedarme en casa.

Fuéranme hasta entonces inútiles las clausuras en el dormitorio sin luz, en toda suerte de atmósferas artificiales, desde la bosta de caballo, en nubes de humo, hasta el rocío pegajoso del Tanax, cargado de D.D.T.; tampoco los mosquiteros más tupidos, pues tratándose de mí, sabe hallar para alcanzarme, un hueco entre los pliegues o un agujero traidor en una falla del tejido.

Porque es suficiente que haya un solo mosquito a la orilla del pantano distante o a la luz de un farol, para que venga hacia mí, aunque me halle entre gentes que tienen también falanges y pantorrillas, acaso mejores, que picar.

Una tarde calurosísima de enero regresaba yo de Santiago al arrozal de Miraflores en el tren ordinario de las dos, oprimido en un asiento por señoras gordas abanicándose y señores en mangas de camisa, cuando entre dormido y despierto oí que alguien atravesaba apresuradamente el pasillo repleto de maletas, gritando:

—¿Quién tiene "Curatodum"? ¿Quién tiene "Curatodum"?

Y yo, ante esa voz familiar, como ante un conjuro, me levanté de un brinco exclamando:

—¡Yo tengo... Yo tengo!

Advertí a un señor alto, fuerte, recio de puños, con carrillos rojos, bien rasurados. Llevaba todo flamante, aún no amoldado al cuerpo, desde el guarapón de pita hasta las espuelas, como si viniera saliendo de una talabartería. Parecíame el hijo en vacaciones, con disfraz de huaso, de un terrateniente rico de la zona que miraba suyos las maletas, los pasajeros, el coche y hasta el tren intruso que atravesaba sus tierras.

Se detuvo y aguardó frente a mí, sin disimular su impaciencia, a que sacara del maletín el tubo de Curatodum y luego con tono imperioso y en voz alta para dominar el ruido de los herrajes del tren y de las conversaciones, poniéndose en marcha, me dijo:

—Sígame.

Atravesamos y yo detrás por la senda que él abría, entre gente de pie y equipajes, tres coches del convoy hasta detenernos ante un grupo de cabezas que rodeaban el último asiento, de donde salía un quejido incesante.

Tendida de bruces sobre ese asiento en vis a vis, entre cobijas y pañolones, retorciase una señora anciana, a la vista un muslo gordo, rollizo, hasta el empeine del pie, medio envuelto en la media colgante y el tendón con un gran nudo, como el de un cable marino que sujeta al ancla un crucero.

Una muchacha morenucha de trenzas colgantes como látigos sobre sus hombros, arrodillábase con las manos inertes puestas en el muslo tenso de la señora.

Al sentirnos volvió la cabecita negra, brillante, oleosa, partida en dos hasta la nuca por la línea vertical del peinado y nos dijo con desesperación, más con los ojos que con los labios:

—La patrona está con el nudo y se nos olvidó traer la pomada.

Con un leve movimiento del mentón y el tono imperioso de siempre que era casi una orden, incitóme el guía:

—Fuera el vestón, de rodillas y manos a la obra.

Excúseme alegando ignorancia en esos menesteres y le pasé el tubo de Curatodum que no quiso recibir:

—¿No ve Ud., hombre de Dios —me dijo—, que estoy de espuelas y no puedo arrodillarme?

Y me explicó que la tarea era sencilla: crema en cantidad sobre el nervio y luego amasarlo de arriba abajo y de abajo arriba y así pronto veríamos ablandarse el nudo, como con el calor de la mano se ablanda y se estira una pelota de alquitrán.

Lo de no arrodillarse con espuelas era tan puesto en razón; los ojos de los que nos rodeaban, fijos en mí, tan suplicantes y las quejas de la señora tan dolientes que, ya sin vacilar, me saqué el vestón y arrodillado ante la pierna, embadurnándome los dedos de Curatodum, con resolución inicié la tarea.

De cuando en cuando escuchaba tras mis hombros una voz que me prevenía:

—Más fuerte; más fuerte; más arriba y apretando siempre, aunque grite.

El músculo anudado iba ya cediendo a la par que los quejidos, cuando de súbito la señora alzó la otra pierna, doblando la rodilla y dándome un golpe en la cabeza que me dejó medio aturdido.

Era una pierna enorme con su calzón de franela celeste atado con una cinta de encajes al tobillo que yo miraba amenazante sobre mí como una grúa en el "Día del Trabajo".

Un grito desgarrador al mismo tiempo hirió el aire, dominando el entrechocarse de los herrajes del convoy en marcha:

—¡La otra, la otra pierna, en la pantorrilla!

El guía, siempre en observación, desde el brazo del asiento fronterizo, ordenó a la chica que aguardaba junto a la patrona:

—Sube el calzón para dejar a descubierto el muslo... no hay vergüenzas que valgan en estos casos.

La muchacha, aturdida, de pie, se puso a la obra tirando con sus fuerzas todas el calzón hacia arriba, como quien desprende de una almohada la funda, hasta que, sin ceder, se desgarró la tela dejando a la vista en posición vertical la otra pierna, también con un nudo corre-dizo, tal como una serpiente que se enrosca.

La misma voz resonó de inmediato a mis espaldas:

—Al otro nudo, sin bajar la pierna y siempre de arriba abajo y de abajo arriba.

Yo, perdido entre las faldas de la señora, aferrado al músculo que escurriásemme por entre las manos, miré hacia el cielo con la expresión angustiada de un Laocoonte, sin ver sino bultos y maletas.

Cuando bajé la pierna, ya deshecho el nudo, cesaron los quejidos y sentí una mano fría que me acariciaba la cabeza y una voz entrecordada que decía:

—Hijito lindo, hijito lindo.

Levantéme trabajosamente y me puse a golpear el suelo con los pies para despertar las rodillas sujetándome apenas en medio de los vaivenes del convoy.

La señora, hasta entonces de bruces sobre los cojines y los almohadones, se dio vuelta de pronto e incorporóse en el asiento, ya aliviada.

Pestañeó un instante con los ojos aún enrojecidos y al ver sus faldas revueltas, su calzón desgarrado y a mí frente a ella en mangas de camisa y asegurándome los tirantes de los pantalones, me gritó en el colmo de la indignación:

—¡Sinvergüenza, estúpido, faltarle el respeto así a una señora delante de la gente!

Consternado, miré a mi alrededor como pidiendo testimonio o dando una explicación y sólo vi rostros que sonreían.

De entre ellos adelantóse el guía para golpearme las espaldas no sé si en señal de felicitación o de consuelo.

Yo, de intento, le pasé mi mano embadurnada y resbaladiza que él estrechó con su puño recio:

—Hombre de Dios —me dijo retirando la suya con brusquedad—
¡cómo no advierte Ud. que en el tren no hay jabón para lavarse!

Y mirándome, molesto, para no ensuciarse, buscó con cautela en el bolsillo abotonado del pantalón su pañuelo blanco de seda que hizo salir de una tirada con gesto de malabarista y sin más ceremonia encaminóse en procura de su asiento, limpiándose las manos.

El montón de curiosos se deshizo como a la voz de un conjuro y yo con la americana al hombro, y el tubo de Curatodum exhausto en las manos pegajosas, emprendí viaje de regreso a mi lugar por entre las maletas y viajantes de cuatro coches del tren en marcha pensando en que todavía aguardábanme esa noche, sin remedio, los mosquitos todos del arrozal.